

CARTA DE MUJERES



SE aproxima, para mí, una conmemorativa de otra pasada. Tiemblo ante el anuncio de días grandes, de fechas señaladas.

Yo, que he pasado nochebuenas con la sola compañía de mis pensamientos, no muy gratos; que mientras las campanas, alegres, han hecho surcar por los espacios las ondas vibratorias de sus broncíneos sonos en un sábado de gloria, mi alma, anegada en amargura, ha devorado penas, las más terribles; que en medio del bullicio y la algazarra de las gentes me he sentido solo y abatido, sin encontrar un corazón amigo en quien descansar el mío dolorido. Yo, que en los días de mis mayores triunfos mundanos y en los que más homenajes y parabienes he recibido para las gentes, he sentido un insondable vacío en mi interior, y mayores ansias de llorar me han embargado, porque entre todos aquellos laureles, faltaba, acaso, el de la persona cuya felicitación y aplauso hubieranme bastado por sí solos a satisfacer mis anhelos y mi vanidad... Yo me altero en mis nervios, y me siento invadido de una gran tristeza ante el júbilo de los demás, pregonero de la proximidad de una fecha memorable, de un día señalado para el placer y la alegría.

¿Será, acaso, que l'ève, sin saberlo, dentro de mí, la inclinación al culto de la tristeza, que diría Guerra Junqueiro, o que busque, en frase de Ricardo de León, la felicidad en el dolor?

Más bien creo que sea obra del instinto, a quien las lecciones de mi pasado le han enseñado a augurar para lo que me resta de vida, quebrantos y penas, quizás mayores en aquello que parece ha de ser más grande motivo de gozo y que había de satisfacer la sed y las ansias que llenan mi pobre corazón.

Y es, que en los días precursores al de la fecha que se trate de conmemorar, viven otra vez en mi memoria aquellos sucesos felices de entonces, que en el fondo de mi alma guardo con mimo y solicitud de enamorado, y dejando a rienda suelta a mi imaginación, vuela, esta, rueda por los aires, formando quiméricos castillos de ensueño y de encantadora ilusión, que mi delirio me lo hace creer realidad, llenándome de optimismo el corazón, con la esperanza de que en el día conmemorativo he de volver a saborear aquellos goces que llenaron de grata emoción todo mi espíritu.

Y nunca la dicha, que se fué vuelve a nosotros. Es ley fatal que se cumple inexorablemente, no sé si para nuestro bien o nuestro mal. No me atrevo a juzgarlo.

Vendrá a nuestro corazón, quizá, una dicha mayor a la que se nos escapó, pero aquella, la que se alejó de nuestro interior, no volverá. Nos dejará, eso sí, con la nostalgia de su recuerdo, la huella de un nuevo desengaño, pero de ella nada más hemos de saber.

Además, parece, que con un pie en el pasado, nuestra mente no tiene otro empeño que en crear ilusiones y más ilusiones para el porvenir, mientras que el despertar de la realidad se obstina en desvanecer aquellos bellos fantasmas de nuestros sueños.

Por eso temo yo a las fechas señaladas, que me recuerdan dulces placeres gozados por mi alma. Porque me preparo a recibirlas con la cabeza llena de ilusiones y el corazón henchido de deseos, y cuando llega el día esperado, las ilusiones se convierten en humo y el corazón le abrasa la fiebre de la sed de aquellos deseos que quedan insatisfechos. Donde esperaba efusión de un cariño encontré indiferencia o desprecio; donde creí poder alcanzar con las manos la felicidad, la aguda espina del desengaño y la desesperanza se clavó en mi pecho. Alcé hasta mis labios la copa del licor de la alegría y de la dicha y para mí se convirtió, al llegar a mi boca, en trágico veneno...

Quiera el Dios de la Bondad y de la Misericordia, que el día cuya llegada aguardo con temor y con esperanza; con ilusión y con recelo, surja esplendoroso y radiante, disipando toda nubecilla con el fulgor de sus luces, y que entre músicas y cánticos de regocijo, entre suaves caricias de céfiro, traiga a mi corazón la soñada felicidad de mis anhelos...

E. DE V.

DEL CUENCA TÍPICO



Puente del Huécar en la Puerta de Valencia

APUNTE DEL NATURAL DE LAM